

## Celebración histórica del Bicentenario

### LA PROYECCION DEL DESTINO COMPARTIDO

#### Pensar como los constructores de la sociedad

Resulta algo contradictorio finalizar estas reflexiones sobre ideas dirigidas a la solidez comunitaria y la transformación social, en un período de crisis de identidad, que como tal implica un cruce de caminos con rumbo aún indefinido y por lo tanto incierto. Es un momento abierto a diversas interpretaciones, que sólo alcanzarán cierta categoría de certeza, no cuando se concluya un gran estudio crítico de esta época, sino cuando se manifieste de hecho la creatividad argentina en las nuevas formas de organización, acción y conducción política. Sin embargo, aceptamos la apuesta de anticipar estas conclusiones como un modesto aporte a la elaboración colectiva de bases y propuestas, que podríamos llamar estratégicas, por dirigirse más allá de la mera coyuntura.

Sólo la conciencia histórica -que amalgama identidad, memoria, percepción y proyecto- puede orientar a la política, como medio instrumental, hacia el bien común de los pueblos y las naciones. Nadie debe, obviamente, abrogarse la verdad en la captación y explicación de la realidad que va construyendo la historia, pero nadie tampoco puede desconocer su enseñanza matriz cuando se dedica, sinceramente, a pensar el pensamiento de los constructores de la sociedad, tratando de extraer enseñanzas para aplicarlas en el presente, que es el único tiempo en que se pueden aprovechar aciertos y corregir errores del pasado.

Si el hombre es el animal que tropieza dos veces con el mismo obstáculo, **la formación de una conciencia nacional** es la condición para eludir la repetición de frustraciones en la proyección del destino compartido. Y esto es especialmente necesario cuando, a pesar de tantas dilaciones y problemas reales o imaginarios, los argentinos mantenemos la voluntad de serlo, plenamente, como nos lo recuerda siempre una voz interior que expresa a la vez deseo y posibilidad.

Contribuir desde el aporte más humilde a la gran tarea que trasciende la efímera vida individual, exige superar la tentación del pesimismo intelectual que es autodestructivo de la persona y del país. Es aquello que nos opone entre nosotros mismos, neutralizando la excelencia particular que sí existe, con la falta de mentalidad de conjunto y trabajo de equipo, que son los criterios del ascenso general y constante, y no del éxito parcializado y fugaz.

#### Un compromiso voluntario de responsabilidad

Tenemos que aprender entonces a **dialogar en redes horizontales de información y comunicación**, enfocadas en la capacitación social, civil y comunitaria, porque hay mucho que aprender y enseñar, fuera del interés corporativo de los monopolios mediáticos y las manipulaciones de sus "formadores de opinión". Ellos operan sobre la ignorancia, la confusión y los prejuicios, negándose a la elevación de un sentido de unidad y pertenencia sin el cual es imposible construir lo permanente que acumula

logros, en ningún país del mundo. A su vez, las virtudes cívicas no son hereditarias: deben mantenerse en el tiempo por la educación y la formación en valores.

Relatar y tratar de explicar los hechos que componen una realidad compleja, exige profundizar la comprensión de cada factor; su articulación racional con los otros; y extraer las conclusiones sintéticas que merecen para construir una "situación". Esta **información**, en consecuencia, requiere una **formación** determinada que elige la precedencia de estos factores y supone los ángulos de observación e incidencia. Por ello no hay prensa neutral ni independiente, pero sí un reclamo para destacar la perspectiva del bien general, del bien común, sobre la instrumentación de los intereses parciales y divisivos que saturan todos los espacios. La crítica, por lo demás, debe ser veraz y constructiva para aportar sus propios contenidos, y no agotarse en una imposición estéril de la envidia a la percepción del mérito ajeno que no podemos igualar.

La libertad de expresión requiere la contraposición de argumentos de buena fe, sabiendo que la simetría vulgar de lo totalitario es contrario al orden dinámico de la democracia; de igual manera que la uniformidad de voces críticas, por parte de los monopolios, rompe el principio de igualdad para imponer la voluntad de la plutocracia y los grupos de privilegio. Así se juega al caos político e institucional, y **el caos es una intensificación del azar** que potencia la incertidumbre que señalamos al comienzo, e impide una salida menos demorada a la larga crisis que padecemos con efectos proporcionales de preocupación y tedio.

El antídoto contra la premeditación del fracaso es un avivamiento de la conciencia nacional, que cada uno de nosotros integra con su conciencia personal y compromiso voluntario de responsabilidad. Así la conciencia colectiva podrá visitar todos los dones y potencialidades de nuestro gran país, para imaginarlos bien conducidos por políticas de Estado coherentes y consensuadas en lo fundamental. Si bien este proceso requiere las herramientas de la planificación y de la técnica, se basa en una voluntad preliminar y manifiesta de aportar lo máximo posible a **una inteligencia política creciente**, en el núcleo de una transformación social imprescindible.

## **El control democrático del poder político y económico**

Para anticiparse previsoramente a los hechos, hay que vislumbrar el futuro en el horizonte del presente, pero no como ejercicio de adivinación oportunista ni síndrome de pasividad política. Aquí "descubrir" es "construir" la parte que nos corresponde, desocultando -precisamente- el poder de la verdad que se pretende encubrir con engaños y sofismas. Por otro lado, en política la mentira nunca es total y absoluta, sino una verdad a medias que presenta el interés de un grupo como si fuera el interés de todos, y que exalta la corrupción de los demás para esconder la propia.

En la lucha por el desarrollo, la corrupción generalizada es casi siempre estructural y proviene de la anomia de una colectividad que la soslaya, la consiente y aún la practica en la escala que puede. Por lo tanto, es a la vez causa y consecuencia de un subdesarrollo crónico y sus secuelas de falta de incentivo para el trabajo leal, el perfeccionamiento profesional y el ascenso legítimo de la dirigencia honesta. En consecuencia, hay que combatirla con el ejemplo propio y el empleo de los órganos y procedimientos de control democrático del poder político y económico; pero sin dejar

que una mala conciencia se sume desaprensivamente a las excusas de ningún derrotismo.

En una palabra: la corrupción y la arbitrariedad actual en toda comunidad moderna sólo se superan en el marco evolutivo de una democracia más amplia, más inclusiva, más activa y funcional en cuanto participación ciudadana. Una democracia con ideal integrador capaz de unir voluntades de cambio, sea para la concertación social, el consenso político, la actuación popular y la afirmación de nuestra identidad cultural. Factores que concluirán en el **desarrollo institucional** que se exige, pero en el contexto y como derivado de estas reformas importantes de nuestra trayectoria pública; porque las instituciones concebidas teóricamente, fuera de la dinámica de la realidad concreta, no sirven al verdadero desenvolvimiento de los pueblos.

La vida política y su dinamismo, especialmente en nuestra América Latina, suele superar rápidamente las posiciones rígidas y las descalificaciones extremas. Quien abusa de la enemistad corre el riesgo de quedarse solo, por lo cual siempre es valorable la moderación en los cruces de opinión, que hacen el juego al negocio del escándalo mediático y dificultan luego las políticas de alianza. Recordemos que el don de la palabra es inherente al liderazgo, para mantener la credibilidad y expresar las convicciones profundas que sirven para persuadir sin mandar.

## **Libertad política, desarrollo económico y justicia social**

La unidad nacional, sin llegar a forzarla ni simularla, es un valor extraordinario cuando prevalece en lo esencial, más allá de la diversidad de ideas políticas. Quizás por ello, la cuestión fundamental es consolidar esta unión pendiente desde los albores de la patria. La Revolución de Mayo tuvo sin duda el sello de nuestra capital, y fue un movimiento urbano, articulado con los cabildos de otras ciudades, por ser ésta la forma subsistente de participación vecinal heredada del colonialismo español. Este movimiento, **demasiado centralista**, debatió sus ideas en Buenos Aires, pero trató de imponerlas por las armas en el interior del virreinato, lanzando expediciones militares hasta los confines de su extenso territorio.

Sin duda ésta es parte de una explicación más general de porqué la revolución independentista, iniciada en 1810 y consagrada en 1816, aún cruzando medio continente para auxiliar a otros países hermanos como Chile, Perú y Ecuador, no pudo mantener la pertenencia territorial de sus propias regiones integradas, como Uruguay, Paraguay y Bolivia. Después, la lucha fratricida entre unitarios y federales, que más allá del triunfo de éstos y **su firme defensa de nuestra soberanía** frente al neocolonialismo francés e inglés, no pudo concretar la ansiada organización nacional y el dictado de la Constitución.

La organización institucional se realizó finalmente, pero a costa de la falaz dicotomía entre “civilización o barbarie”, que llevó al máximo la beligerancia interna entre las fuerzas “del siglo” y las fuerzas de “la tierra”. Lucha que lamentablemente continuó, atravesando con violencia el tiempo, hasta llegar a hoy, persistiendo en la falsa antinomia entre los partidarios de la libertad política y los partidarios de la justicia social, que **son banderas que deben enarbolarse juntas**.

Esta es la contradicción frustrante que debemos superar con grandeza, para perfeccionar las libertades democráticas con el cumplimiento de los derechos sociales,

y lograr ambas reivindicaciones en el marco imprescindible del desarrollo económico, sin el cual no pueden sostenerse sino como expresión insustancial, aparente y retórica. Desde esta unidad, en una misma proposición nacional, será posible reconstruir nuestro espacio histórico-geográfico, pero no como expansión unilateral e improcedente, sino como integración igualitaria y plena. Ésta es la verdadera base geopolítica y estratégica para apuntalar el proyecto continental de la UNASUR.

## El pueblo en la calle: un nuevo punto de partida

Para marchar hacia una nueva civilización, esta vez integrada y no excluyente de las actitudes, sentimientos y valores propios de nuestra identidad cultural mestiza, es importante resolver las rencillas políticas inoperantes entre dirigentes, tal como se evidenciaron en la celebración del bicentenario. En principio, el pueblo argentino en la capital, y en todas las plazas del país, se manifestó en forma fervorosa, masiva y ejemplar. Un hecho alegre y espontáneo, pleno de participación familiar y sin banderías partidarias. Inmersos en esa multitud comprobamos con feliz sorpresa como la gente marcaba unánimemente el fin de una etapa de letargo axiológico: los símbolos patrios rebosaban de contenidos, **recuperando una identidad nacional que parecía perdida.**

Vale la pena aclarar que, referida a la dinámica de la identidad, la cultura no es la expresión de un momento histórico que se congela en el arte que lo representa. Ella es algo más, sintetizada en la comprensión del devenir de **un cambio profundo** cuya necesidad advierte y comunica, como forma superior de la sabiduría colectiva que subyace en la evolución anónima del pueblo.

Existe pues la materia prima histórica que deben reconocer, respetar y a la vez moldear los verdaderos dirigentes. Ellos tienen que demostrar ductilidad para cambiar actitudes inconducentes, escuchar a la gente, e incorporar las ideas nuevas que vienen con los nuevos contingentes populares que se acercan a la escena de las luchas legítimas del campo social y político dentro del orden constitucional.

En la renovación perenne de las generaciones, cada uno de nosotros resulta de muchos antepasados que cruzaron su sangre de distintas extracciones sociales y procedencias. Luego, en la vastedad de un pueblo en formación, representamos una multiplicidad incontable de expresiones humanas individuales y grupales. Ante esta realidad irrevocable necesitamos dos virtudes esenciales: **tolerancia**, para lograr la convivencia; y el compromiso de la **identidad cultural** construida entre todos, para orientarnos desde lo propio hacia lo universal sin perder definición ni coherencia, y así defender lo nuestro.

Respetar la vida, como primera regla de toda conducta humanista, incluye justificar la propia existencia. Cuando uno “se da cuenta” de lo imperioso que es encontrar una razón para vivir, en el contexto inequívoco de una comunidad y una cultura, entonces advierte el protagonismo de la participación. Hace dos siglos el pueblo quería saber “**de que se trata**”, según dicen nuestros libros de historia. Hoy, evolucionando hacia la necesidad de una democracia más transparente y efectiva, quizás el pueblo quiere saber “**como se hace**”, para controlar el ejercicio del poder republicano que le pertenece soberanamente.

La vida es una militancia [Séneca], y el lugar de nacimiento no constituye un accidente geográfico, -como dicen los escépticos- sino una determinación del destino que la pone en marcha con el concepto y el sentimiento de patria, porque: "allí donde te plantaron debes florecer".

Buenos Aires, 26 de mayo de 2010.

**Embajador ( r ) Julián Licastro - Dra. Mag. Ana María Pelizza**

**La responsabilidad de los contenidos es de los autores.**